

OPULENCIA Y VIRTUD.

—  
A \*\*\*  
—

**B**RILLANTES cual veían los paganos  
Aparecer á sus celestes diosas,  
Mil mugeres fantásticas y hermosas  
La vista encantan con su aspecto aquí.

Lánguida y espresiva es su mirada,  
Como la de las cándidas palomas;  
Sus frescos lábios, echando aromas,  
Como tiernos botones de alhelí:

Tan esbeltos sus talles, como palmas,  
Finísimos y undosos sus cabellos,  
De altivo cisne sus gentiles cuellos,  
Sus manos blancas y suaves son:

Sus hombros torneados de alabastro,  
Voluptuosos sus turgentes senos,  
Siempre se agitan, de esperanza llenos,  
Al vislumbrar efímera ilusión.

OPULENCIA Y VIRTUD.

131

De blanco lino y de purpúrea seda  
Cubiertas, y de ricas pedrerías,  
En ocio pasan los veloces días,  
Sin pensar en mañana ó en ayer.

La bella aurora á sorprenderlas viene,  
Soñando triunfos sobre muelles lechos,  
O entre festines, bajo ebúrneos techos,  
Apurando la copa del placer.

Siempre halagüeñas, consiguiendo siempre  
Mil victorias efímeras y vanas,  
Imperan absolutas soberanas  
En fogosa, inesperta juventud.

Una palabra sola, una sonrisa  
En su encarnado, artificioso lábio,  
Al frío anciano y al austero sábio  
Tambien roba la dicha y la quietud.

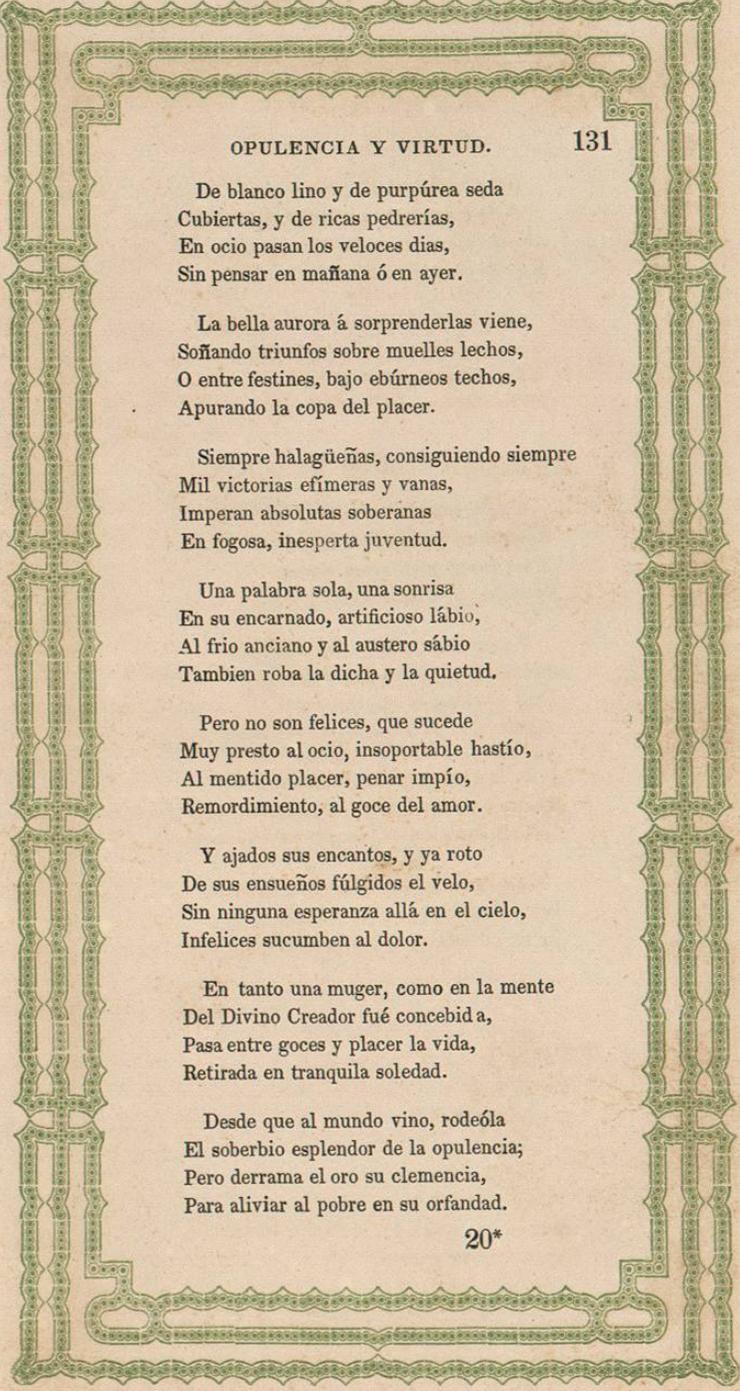
Pero no son felices, que sucede  
Muy presto al ocio, insoportable hastío,  
Al mentido placer, penar impío,  
Remordimiento, al goce del amor.

Y ajados sus encantos, y ya roto  
De sus ensueños fúlgidos el velo,  
Sin ninguna esperanza allá en el cielo,  
Infelices sucumben al dolor.

En tanto una muger, como en la mente  
Del Divino Creador fué concebida,  
Pasa entre goces y placer la vida,  
Retirada en tranquila soledad.

Desde que al mundo vino, rodeóla  
El soberbio esplendor de la opulencia;  
Pero derrama el oro su clemencia,  
Para aliviar al pobre en su orfandad.

20\*



## OPULENCIA Y VIRTUD.

Del desvalido en el afecto puro  
Ella ha encontrado aquí su bienandanza,  
De una dicha mas noble la esperanza  
Solo en el mundo, donde mora Dios.

Cual surca el mar el hábil marinero,  
Siguiendo siempre la benigna estrella,  
Así camina por la tierra ella,  
De la virtud sagrada yendo en pos.



Nace una flor, y el valle donde crece  
Hermosean sus fúlgidos colores,  
Y sus puros, suavísimos olores,  
Perfuman el ambiente que la mece:

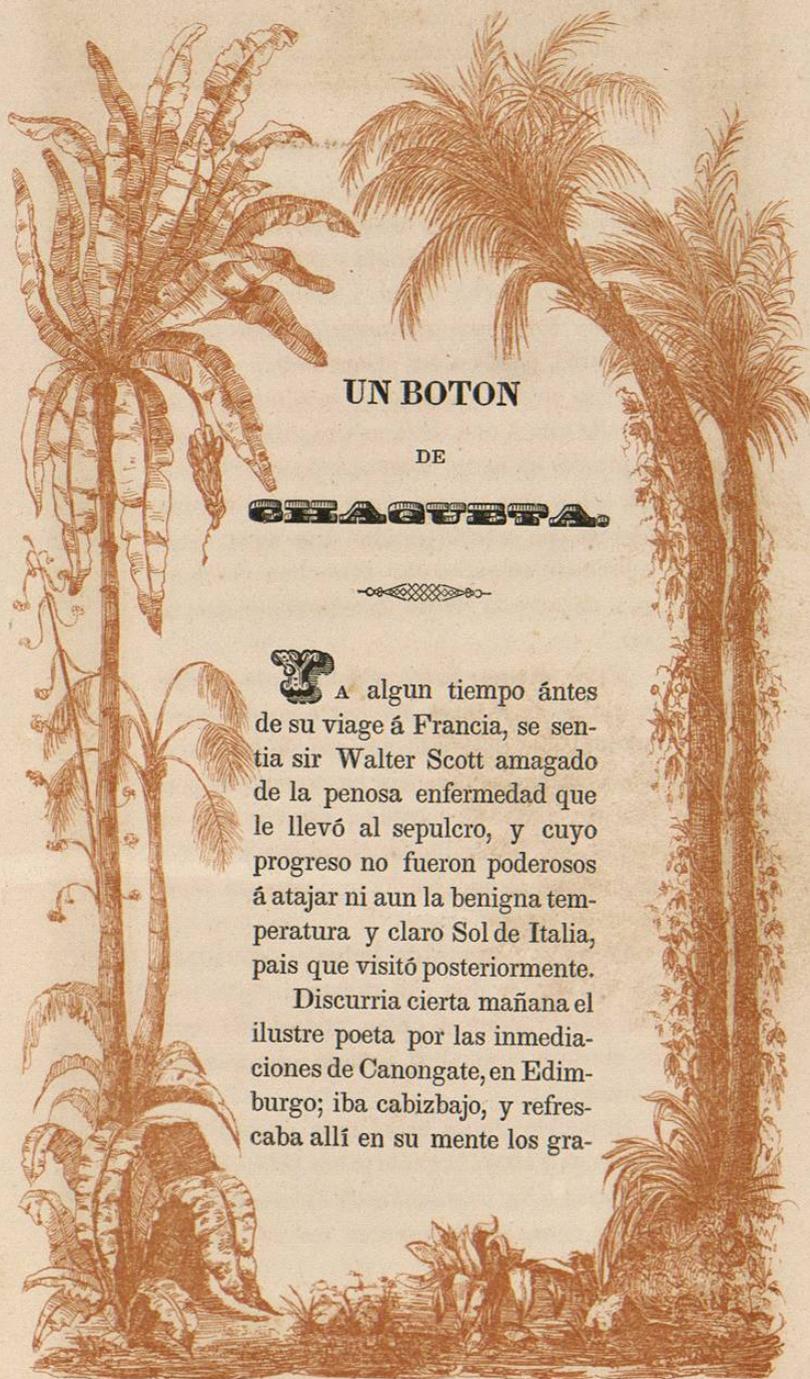
Y aunque su brillo espléndido fallece  
Del ardoroso estío á los rigores,  
Cual soberana de las otras flores  
Siempre por su fragancia ella aparece.

De la manera misma tú, señora,  
Reinas sobre esas mágicas mugeres,  
Que encantan con su aspecto nuestro suelo;

Pues si el tiempo con planta asoladora  
Borrando va tus gracias, siempre eres  
De las virtudes el mejor modelo.

E. VILLAMAR.

México, 1846.



## UN BOTON

DE

CHACUETA



**C**A algun tiempo ántes  
de su viage á Francia, se sen-  
tia sir Walter Scott amagado  
de la penosa enfermedad que  
le llevó al sepulcro, y cuyo  
progreso no fueron poderosos  
á atajar ni aun la benigna tem-  
peratura y claro Sol de Italia,  
pais que visitó posteriormente.

Discurria cierta mañana el  
ilustre poeta por las inmedia-  
ciones de Canongate, en Edim-  
burgo; iba cabizbajo, y refres-  
caba allí en su mente los gra-

tos recuerdos de su infancia, cuando en la callejuela donde por acaso transitaba, entra una pesada carreta, tirada por tres caballos, y casi tan ancha como el callejon, que sir Walter tuvo que arrimarse cuanto pudo á la pared, para no ser atropellado.

Pero notó su aprieto el conductor, y haciendo alto á una distancia regular, dijo con sombrero en mano á nuestro poeta: "Os ruego, señor, que paseis; pues no me fio mucho de este caballo retinto que aquí viene, sobre todo en calles tan estrechas como ésta, y no quisiera yo que sucediese una desgracia."

Miró Walter Scott atentamente al que le dirigía la palabra con tal comedimiento; hombre que notoriamente era de su misma edad, con corta diferencia; cano como él, pero robusto, ancho de espaldas, y cuyos ojos, vivos de por sí, brillaban acaso con mas fuego, merced al que les comunicaba un buen trago de aguardiente.

El poeta, despues de haberle contemplado un rato, le dijo con dulzura: "¿No hay por aquí alguien á quien podais encargar de vuestros animales? Quiero que vengais conmigo."

El pueblo ingles es el mas original del universo; y como la gente pobre sabe que por prestarse á las momentáneas estravagancias de los ricos, recibe á veces mayor retribu-

cion que por años enteros de útiles servicios, el carretero, sin pedir ni aguardar esplicaciones, dió un fuerte silbido para llamar á un muchacho andrajoso que por allí andaba, y le dijo: "Dick: sube, conduce la carreta, y avisa que allá voy dentro de una hora.... Ya me teneis, señor, á vuestras órdenes."

—"Habeis dicho que dentro de una hora, Juan; pero como pudiera ser que tardeis mas, decid que volvereis á casa en la noche."

Y dirigiéndose el conductor al muchacho, díjole: "Pues dí que iré á la noche; y comenzó á seguir al desconocido, que le habia llamado por su nombre; circunstancia que le causaba no poca admiracion. Entraron, por fin, ámbos en la calle nombrada Castle-Street, y en llegando á la casa núm. 39, hicieron alto. Al tomar Walter Scott la aldaba para llamar á la puerta, arrojó un profundo suspiro.

En este momento pensó acaso en la tormenta que amenazaba á su fortuna, y que entre otros sacrificios dolorosos, era probable le acarrease la sensible pérdida de aquella misma casa, en que á la sazón iba á entrar, y que estimaba en mucho, por haberla heredado de sus padres. Cuan penoso fuese al poeta el desprenderse de esta habitacion, se ha averiguado posteriormente por la lectura de su diario; libro precioso, que ha-

ce ver cuánta nobleza y rectitud, cuánta sensibilidad y varonil esfuerzo atesoraba el alma de aquel célebre escritor.

Abrió la puerta una criada, y juntamente con ella salieron tres perros, que comenzaron á lamer las manos y á hacer fiestas á su amo, cuya afición á estos animales es bastante conocida. Después de acariciarlos y entretenerse con ellos un tanto, dijo Walter Scott á la sirvienta: "El señor viene á almorzar conmigo."

Efectivamente, fué servido el almuerzo, que era por cierto bastante apetitoso y nutritivo, de modo que sin la mas leve coacción le embistió el carretero, sin perdonar asado, beefsteak ni salmon; abriendo no pequeña brecha en el queso, que aconteció ser muy de su gusto.

Terminado el almuerzo, hizo Walter Scott traer una botella de vino de Burdeos, llenó dos copas, y dando una de ellas á su convidado, se llevó la otra á los labios, diciendo:

—A vuestra salud, Juan Trimmer.

—Y yo bebo á la vuestra, que conserve Dios, señor *Fulano*, contestó el conductor con notable franqueza y naturalidad.

En seguida condujo sir Walter á Juan Trimmer hácia su gabinete, que era un verdadero museo de antigüedades, donde encontró el carretero multitud de cosas que cautivaron poderosamente su atención, tales

como armas, muebles, y otros diferentes objetos, que habian servido á algunos antiguos personajes de Escocia, con cuyos nombres estaba familiarizado, merced á las canciones populares que todos traen en boca, pues es de saberse, que en aquel país no se mira lo pasado con la frialdad é indiferencia que entre nosotros, que lo consideramos como dominio esclusivo de los doctos.

Después de ecsaminadas las armas, salieron á luz otros objetos mas curiosos aun, y contempló Juan con muy vivo interés un fragmento del collar de Ana Bolena, el devocionario de María Stuart, y otras mil preciosidades de que sir Walter Scott era digno poseedor.

Si en este momento hubiese observado alguien á entrámbos personajes, sin conocerlos de antemano, se habria visto algo perplejo para decidir en cuál de aquellos dos cráneos escoceses que tenia delante, residia el genio creador; pues el aspecto de Walter Scott era el de un hacendero, cuando mucho, y así no es maravilla que algunos de los que le veian por la primera vez, dijese luego que se habian figurado de muy diverso exterior al célebre poeta.

Así que el carretero hubo reconocido minuciosamente la mayor parte de las curiosidades que encerraba el gabinete de sir Walter, y pedido á éste mas de una explica-

cion sobre ellas, fué llevado por él de la mano á su bufete. Abrió en seguida una gaveta, y sacando una cajita de ébano primorosamente trabajada, estrajo de ella un boton de cobre, y exclamó considerándolo: "He aquí mi mas preciosa joya.

Tomó Juan el boton, y despues de haberlo ecsaminado con toda escrupulosidad, sin acertar á descubrir en él nada de particular, preguntó con cierto desenfado:

—¿Y esto, qué tiene de especial?

—Que es un boton de la chaqueta de Juan Trimmer.

—¿Qué es mio, mi boton, boton de mi chaqueta?

—Lo estais diciendo, amigo mio, y Walter Scott recogió el boton, lo envolvió con mucho cuidado, tornó á ponerlo precisamente donde y como ántes estaba, y prosiguió diciendo:

—Ya no me conoceis, amigo mio; sin embargo, yo sí os conozco aun; diré mas: acaso deba los resultados que he obtenido en la vida, al robo que os hice.

—¿Vos á mí, señor?

—Sí, amigo mio; yo te quité el boton que acabas de ver. Escúchame, Juan: hará unos cincuenta años (cuando mucho) que tú y yo éramos unos niños de siete ú ocho, y concurríamos á la misma escuela para aprender á leer, escribir y contar.

—¡Ah! ya caigo.... íbamos al establecimiento del respetable señor Lewis, exclamó Juan, cuya memoria comenzaba por fin á despejarse.

—En efecto, y tambien recordarás que eras mas aprovechado que yo. En vano hacia yo grandes esfuerzos; no podia arrancarte del primer lugar á que siempre te hacias acreedor por lo bien que sabias tus lecciones; por mas señas, que algunas noches me desvelé pensando en ello.

—No digais eso....

—Es la pura verdad. Jamas te equivocaste al dar tu leccion, ó por mejor decir, solo una vez te ví confuso y sin saberla.... y esa vez tuve yo la culpa. Como tenia constantemente fijas en tí mis miradas, por un efecto de la emulacion, reparé un dia, en que miéntas recitabas lo que te habian señalado, estabas retorciendo con los dedos índice y pulgar el último boton de tu chaqueta.

"Me figuré al momento, que el tal boton debia tener alguna oculta virtud; traté de apoderarme de él, y una mañana tuve la dicha de arrancarte el pedazo de cobre sin que tú lo echases de ver. A poco entramos en la clase; comienzan á tomarnos la leccion; eres llamado tú, y te levantas; pero empiezas, segun tu hábito, á querer maniobrar con el boton; no lo hallas, y te confundes en el acto,

trabucas las palabras, y en suma, se te va completamente la leccion. Hácenmela decir á mí en tu defecto, y la digo como nunca. Así te arrebaté el primer lugar en nuestra escuela, y desde entónces, como era natural, hice cuanto pude para no verme obligado á dejarlo.

“Ya supondrás, Juan, que en mi boton, (en tu boton quiero decir) creia yo poseer un poderoso talisman; así es que me ha acompañado de continuo, y debo mucho, muchísimo, á la fé que tuve en su eficacia y virtud. Despues con mucho llegué á conocer que toda la mágia del boton consistia en la fuerza del hábito; pues sin saberlo tú, te habias acostumbrado á estar retorciéndolo, miéntras recitabas algo de memoria.

“Cierto es que mi travesura no te acarreó un daño positivo; mas á mí me fué de suma utilidad, y con verdad te digo, que en toda mi vida te he olvidado, al paso que tú no te acordabas ya de tu condiscípulo; ¿no es cierto, Juan? . . . Como dentro de algunos meses quizá no me sea dable borrar mi antiguo pecadillo, quiero hacerlo hoy. Te ruego, pues, admitas estas cien guineas . . .” Y los antiguos camaradas de escuela se estrecharon la mano cordialmente.

Aseguran algunos, que muerto que fué sir Walter Scott, reclamó su condiscípulo el

boton de chaqueta; pero esta es probablemente una patraña, pues debemos suponer que el carretero era bastante honrado y modesto, para dejar de conocer que el boton estaba ya bien pagado, y suficientemente sensato para presumir que la familia del ilustre autor accederia á su pretension.

(Traducido del aleman por L. M. de C.)

